

CAPÍTULO VI

Monseñor.

Los de Amberes no veían tranquilamente aquellos aprestos de hostilidad que hacía el duque de Anjou, de suerte que Joyeuse no se engañaba al atribuirles la peor voluntad del mundo.

Amberes parecía una colmena cuando llega la noche, silenciosa y desierta por la parte exterior, pero por la interior llena de ruido y movimiento.

Los flamencos armados patrullaban por las calles, parapetaban sus casas y se disponían al combate, fraternizando con los batallones del príncipe de Orange, parte de ellos ya de guarnición en Amberes, y parte que entraba por pelotones, y en seguida se esparcía por toda la ciudad.

Luego que estaba todo dispuesto para una vigorosa defensa, el príncipe de Orange entró también en la ciudad á favor de la oscuridad de la noche sin aparato de ninguna especie, pero con la calma y la firmeza que presidían á la realización de todas sus resoluciones cuando se proponía llevarlas á efecto.

Apeóse en la casa de la municipalidad, preparada de antemano para recibirle por sus parciales, y allí se le presentaron todos los jefes populares; pasó luego revista á los oficiales de las tropas asalariadas, y por último, enteró de sus proyectos á los caudillos que habían de ayudarle en su empresa.

El más esencial de sus proyectos era aprovecharse del manifiesto del duque de Anjou contra Amberes para romper con él. El duque, pues, caía en el lazo que el Taciturno le había tendido, y éste veía con júbilo que el nuevo competidor á la soberanía iba á perderse como los otros.

La misma noche en que el duque de Anjou se preparaba á atacar como hemos visto, el príncipe de Orange, que hacía ya dos días estaba en la ciudad, tuvo una conferencia con el gobernador de la plaza nombrado por los ciudadanos. Á cada objeción que hacía el gobernador al plan ofensivo del príncipe de Orange, si esta objeción podía producir retardo en los planes, el príncipe de Orange meneaba la cabeza como sorprendido de aquella incertidumbre; pero á cada movimiento de cabeza replicaba el gobernador de la plaza:

— Príncipe, ya sabéis que la venida de monseñor es cosa acordada, y por lo tanto es necesario esperarla.

Esta palabra mágica hacía arrugar las cejas al Taciturno, pero aunque se roía las uñas de impaciencia, aguardaba con cierta resignación.

Todos fijaron la vista en un gran reloj, como suplicando al horario que acelerase la venida del personaje tan impacientemente esperada.

Dieron las nueve de la noche, y la incertidumbre se convirtió en una verdadera ansiedad, porque algunos espías aseguraban haber notado movimiento en el campo francés.

Entretanto salió del puerto con dirección al Escalda una barca, pues los de Amberes, menos sobresaltados por lo que sucedía en tierra que por lo que pasaba en el mar, deseaban tener noticias exactas de la escuadra francesa, pero la barca no había vuelto.

El príncipe de Orange se levantó, y mordiéndose de cólera sus guantes de búfalo, dijo á los ciudadanos de Amberes :

— Tanto nos hará esperar monseñor; que Amberes será tomada y saqueada antes que llegue; en ese caso la ciudad podrá juzgar de la diferencia que existe entre franceses y españoles.

Estas palabras no eran á propósito para tranquilizar los oficiales civiles; así es que se miraron unos á otros con sobresalto, y en aquel instante se presentó un espía enviado al camino de Malinas, y que se había adelantado hasta San Nicolás, anunciando que nada había visto ni oído que indicase en lo más mínimo la venida de la persona que se esperaba.

— Señores, exclamó el Taciturno al oír aquella noticia, ya lo veis, es inútil esperar más; despa-

chemos, pues, nuestros negocios, porque el tiempo urge, y no están aseguradas nuestras campiñas. Bueno es tener confianza en el talento de otros, pero antes de todo contemos con nosotros mismos. Deliberemos, pues, señores.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la mampara y se presentó un portero de la municipalidad, y pronunció una sola palabra que en aquellas circunstancias valía por mil.

— ¡Monseñor!

En el acento de aquel hombre, en la alegría que no pudo menos de manifestar al desempeñar su oficio de portero, se podía leer el entusiasmo del pueblo y toda la confianza que le inspiraba el hombre á quien se designaba con la palabra vaga y respetuosa de monseñor.

No bien se extinguió el sonido de aquella voz trémula de emoción, cuando un hombre de estatura elevada é imponente, cubierto de pies á cabeza con una capa que manejaba airoosamente, entró en la sala y saludó con suma cortesía á cuantos en ella se encontraban.

Descubriendo desde luego su vista penetrante al príncipe en medio de sus oficiales, se dirigió á él y le presentó la mano.

El príncipe estrechó aquella mano con afecto y casi respetuosamente.

Después se dieron el dictado de monseñor recíprocamente.

Después de estos primeros cumplimientos, el recién llegado se quitó la capa, descubriendo la ropilla de búfalo, los calzones de paño, las largas botas de

cuero que calzaba, y una enorme espada que parecía formar parte, no de su traje, sino de sus miembros, por la soltura con que se movía pendiente del cinturón, en el que brillaba además una daga de regulares dimensiones.

En cuanto se desembarazó de la capa dejó ver sus largas botas, de que ya hemos hablado, todas llenas de polvo y cieno; sus espuelas, cubiertas de sangre de su caballo, producían un ruido siniestro á cada paso que daba sobre las baldosas.

Sentándose á la mesa del consejo, preguntó al príncipe:

— ¿De qué se trata, monseñor?

— Monseñor, respondió el Taciturno, ya habréis visto al venir que las calles están llenas de barricadas.

— Sí por cierto.

— Y las casas aspilleradas, añadió el oficial.

— En cuanto á eso no he podido verlo, pero me parece buena precaución.

— También se han doblado las cadenas de los puentes.

— Muy bien, dijo el desconocido con aire de indiferencia.

— ¿No aprueba monseñor estos preparativos de defensa? preguntó una persona con acento de inquietud y zozobra.

— Sí por cierto, dijo el desconocido, pero no me parecen muy convenientes en las circunstancias en que nos hallamos, porque fatigan al soldado y molestan á los habitantes. Supongo que tenéis un plan de ataque y de defensa.

— Esperábamos á monseñor para comunicárselo, respondió el burgomaestre.

— Decidlo, señores.

— Monseñor ha llegado algo tarde, y así me he visto precisado á obrar.

— Y habéis hecho perfectamente, monseñor, pues nadie ignora que cuanto ejecutáis lleva el sello de la prudencia y del acierto. Por lo demás, tampoco yo he perdido el tiempo por el camino.

— Por medio de nuestros espías hemos sabido, dijo el burgomaestre, que hay movimiento en el campo de los franceses, que se disponen á un ataque; pero como no sabemos de qué lado vendrá ese ataque, hemos situado la artillería de tal manera, que pueda ser utilizada en toda la extensión de la muralla.

— Disposición prudente, respondió el desconocido con una leve sonrisa y mirando á hurtadillas al Taciturno, que guardada silencio y permitía que unos paisanos hablasen delante de él de cosas pertenecientes á la guerra.

— Lo mismo hemos hecho con nuestras tropas cívicas, prosiguió el burgomaestre, las hemos reparado en guardias por toda la muralla y les hemos dado orden de acudir al punto de ataque.

El desconocido nada replicó á esto, esperando que hablase el príncipe de Orange.

— Sin embargo, añadió el burgomaestre, el parecer de la mayoría del consejo, es que los franceses sólo puedan proyectar un falso ataque.

— ¿Y con qué objeto? preguntó el desconocido.

— Con el de intimidarnos á fin de que entremos

en tratos amistosos, que entreguen la ciudad á los franceses.

El desconocido miró de nuevo al príncipe de Orange; cualquiera hubiera dicho que no tenía el menor interés en cuanto estaba sucediendo, supuesto que todo lo escuchaba con una especie de indiferencia semejante al desprecio.

— Sin embargo, observó otro del consejo, se han notado está noche preparativos de ataque en el campamento enemigo.

— Esas son sospechas sin el menor fundamento, replicó el burgomaestre; yo mismo he examinado el campamento con un excelente anteojo que he recibido de Strasburgo, y puedo asegurar que la artillería parecía como clavada en el suelo, que los hombres se preparaban para descansar, y que el duque de Anjou ha convidado á cenar en su tienda á los oficiales.

El desconocido miró nuevamente al príncipe de Orange y creyó observar entonces que una ligera sonrisa crispaba los labios del Taciturno, en tanto que acompañaba desdeñosamente dicha sonrisa con un movimiento de hombros casi imperceptible.

— Señores, dijo al fin el desconocido, estáis equivocados de medio á medio, pues no se os prepara en este momento un ataque sin consecuencia, sino un asalto en toda regla.

— ¿Es cierto?

— Vuestros planes, por acertados que os parezcan, son incompletos.

— ¡Pero monseñor!... dijeron los ciudadanos algún tanto humillados al ver que se dudaba de sus conocimientos estratégicos.

— Incompletos, repitió el desconocido, y he aquí la prueba; esperáis un choque, y habéis hecho todos los preparativos necesarios para la defensiva.

— Sin duda.

— Pues bien, señores, ese ataque, si queréis seguir mis consejos...

— Acabad, monseñor.

— No debéis esperarlo, debe partir de aquí; debéis tomar desde luego la ofensiva.

— Eso es lo que se llama hablar y entenderlo, exclamó el príncipe de Orange.

— Ahora mismo, prosiguió el desconocido, conociendo que desde entonces podía contar con el apoyo del príncipe, en este mismo instante aparejan los buques del duque de Joyeuse.

— ¿Cómo sabéis eso, monseñor? preguntaron á la vez el burgomaestre y los demás individuos del consejo.

— Lo sé, contestó el desconocido.

Un murmullo de duda se oyó en la asamblea que, aunque muy disimulado, llegó á los oídos de aquel guerrero, al parecer consumado, que acababa de presentarse en la escena para representar, según todas las probabilidades, el papel más importante.

— ¿Dudáis de lo que digo? preguntó tranquilamente un hombre acostumbrado á hacer frente á toda clase de incertidumbre, de amor propio y de preocupaciones vulgares.

— No dudamos, monseñor, supuesto que vos nos lo asegurarás; sin embargo, nos permitirá V. A....

— Hablad.

— Decimos que si así fuese....

— ¿Qué?

— Ya lo sabríamos nosotros.

— ¿Por quién?

— Por nuestro espía del puerto.

A este tiempo un hombre empujado por el ujier, entró bruscamente en el salón y dió algunos pasos, adelantándose con respeto, ya hacia el burgomaestre, ya hacia el príncipe de Orange.

— ¡Ah, ah! dijo el primero: ¿Eres tú; amigo mío?

— Sí, yo mismo, señor burgomaestre, respondió el recién llegado.

— Monseñor, dijo el burgomaestre, es el hombre que hemos enviado de descubierta.

A la palabra monseñor, que entonces no era dirigida al príncipe de Orange, el espía hizo un movimiento de sorpresa y de alegría, acercándose precipitadamente para ver mejor el personaje designado con este título.

El hombre que acababa de llegar era uno de esos marineros flamencos, cuyo tipo no puede equivocarse con otros por ser demasiado marcado, cabeza cuadrada, ojos azules, pescuezo corto y anchas espaldas; estrujaba entre sus manos un gorro de lana, húmedo todavía, y cuando estuvo cerca de los oficiales se vió que dejaba sobre las baldosas un gran charco de agua á causa de que sus vestidos groseros estaban completamente empapados.

— ¡Oh! he aquí un valiente que ha vuelto á nado, dijo el desconocido mirando al marinero con ese aire de autoridad que impone casi siempre al soldado y al doméstico, porque revela á un tiempo el mando y la benevolencia.

— Sí, monseñor, sí, contestó al punto el marinero, y por cierto que el Escalda es ancho y de corriente rápida.

— Habla, Goes, habla, añadió el desconocido, que no ignoraba el precio del favor que dispensaba á un simple marinero llamándole por su nombre.

Desde este momento solo el desconocido existía allí para Goes, en términos que, en vez de dar cuenta de su comisión al que le había enviado, se dirigió á él y dijo:

— Monseñor, he salido en mi barca más pequeña, he pasado á favor de la consigna por medio de la barra que hemos improvisado en el Escalda con nuestras embarcaciones, y he conseguido llegar hasta esos condenados franceses. ¡Ah! monseñor, perdonad, añadió Goes interrumpiéndose.

— Adelante, adelante, dijo sonriéndose el desconocido, yo soy francés á medias, y por consiguiente, sólo soy condenado á medias.

— Así pues, monseñor, ya que monseñor ha tenido á bien de perdonarme...

El desconocido meneó la cabeza en señal de asentimiento, y Goes prosiguió diciendo:

— En tanto que yo bogaba en la oscuridad con mis remos cubiertos de lona, oí una voz que gritaba:

— ¡Ah, de la barca! ¿Quién sois?

— Greyendo yo que esta pregunta se dirigía á mí, iba á contestar, cuando gritan á mi espalda:

— Canoa almirante.

El desconocido miró á los oficiales con una señal de cabeza que significaba:

— ¿No os lo había dicho?

— Al mismo tiempo prosiguió Goes, y queriendo yo virar de bordo, sentí un choque terrible que volcó mi barca; el agua me cubrió la cabeza, fui rodando á un abismo sin fondo; pero los remolinos del Escalda me reconocieron como á un amigo antiguo y volví á ver el cielo. Toda esta desgracia la debo á la canoa francesa que conducía al duque de Joyeuse á la galera almirante, y la cual pasó bonitamente sobre mí, y solo Dios sabe por qué no estoy descalabrado y por qué ahora me encuentro aquí en vez de servir de pasto á los peces.

— Gracias, valiente Goes, gracias, observó el príncipe de Orange, muy satisfecho al ver que se había realizado su previsión, vete y guarda silencio.

Diciendo así alargó el brazo y dió al marinero un bolsillo.

Goes, sin embargo, aguardaba al parecer otra cosa, el permiso del desconocido para retirarse.

Este último le hizo una señal benévola con la mano, y Goes se retiró visiblemente, más satisfecho de esta prueba de afecto que del regalo del príncipe de Orange.

— ¿Qué decís ahora del informe que habéis oído? preguntó el desconocido al burgomaestre. ¿Dudáis aún de que los franceses se disponen á aparejar, y creéis que el duque de Joyeuse sólo se ha trasladado á bordo por el gusto de dormir en la galera almirante?

— Pero, monseñor, exclamaron los de Amberes, vos lo adivináis todo.

— Ni más ni menos, monseñor el príncipe de

Orange, que en todo opina como yo, sin que me quepa la menor duda. Así, pues, estoy informado de todo como S. A., y además, conozco perfectamente á nuestros adversarios, que están en el otro lado.

Y su mano señalaba hacia los bosques.

— Por lo mismo, añadió, hubiera extrañado mucho que no se preparasen á atacarnos esta noche. Así, pues, estad prontos y prevenidos, porque si les dais tiempo atacarán seriamente.

— Estos señores, dijo el príncipe de Orange, me harán la justicia de confesar que, antes de vuestra llegada, les he estado haciendo la misma advertencia.

— ¿Pero por qué cree monseñor que los franceses van á atacarnos? preguntó el burgomaestre.

— He aquí las probabilidades: la infantería es católica y se batirá sola, lo cual equivale á decir que acometerá por un lado; la caballería es calvinista, y en su consecuencia también emprenderá aisladamente la refriega. Ya tenemos dos cuerpos por dos lados distintos. La marina obedece al duque de Joyeuse, que acaba de llegar de París, y como la corte sabe el objeto que aquí se propone, querrá tener su parte de gloria. Con la escuadra se completan tres puntos de ataque.

— Pues bien, observó el burgomaestre, formemos tres cuerpos.

— Uno, señores, uno solo compuesto de los mejores soldados, dejando á los débiles en campo raso para la defensa de las murallas. Con ese cuerpo emprended una salida vigorosa cuando menos la espere el enemigo, y así, cuando crea que ataca, se verá prevenido y atacado por vosotros. Si esperáis el

asalto, seréis perdidos, porque el francés no reconoce igual en esa clase de guerra; así como nadie os aventaja, señores, cuando en campo raso defendéis vuestras villas y ciudades.

Los flamencos se pagaron mucho de este cumplimiento dirigido á su valor.

— Acordaos de lo que os decía, señores, murmuró el Taciturno.

— Es para mí sumamente honorífico, añadió el desconocido, el haber coincidido sin saberlo con el parecer del primer capitán del siglo.

Los dos se inclinaron saludándose recíproca y cortesmente.

— De modo, prosiguió el desconocido, que está resuelta ya vuestra salida contra la infantería y caballería enemigas, y yo espero que vuestros oficiales os conducirán de modo que rechacéis á los sitiadores.

— Pero el caso es, repuso el burgomaestre, que sus buques de guerra forzarán nuestra barra, y como el viento es Noroeste, estarán en el puerto, esto es, en la ciudad, dentro de dos horas.

— Vosotros tenéis seis navíos viejos y treinta buques de diferentes esloras en Santa María, que dista una legua de aquí, ¿no es verdad? Esa es vuestra barricada marítima, vuestro dique que cierra el Escalda.

— Sí, monseñor, justamente. ¿Cómo es que conocéis tantos pormenores?

El desconocido contestó sonriéndose:

— Ya veis que los conozco; pues bien, en ellos estriba el éxito del combate.

— En tal caso, repuso el burgomaestre, es preciso enviar refuerzos á nuestros valientes marinos.

— Al contrario, todavía podéis disponer de cuatrocientos hombres que hay allí de sobra, pues bastan veinte inteligentes y decididos.

Los de Amberes estaban como sobrecogidos, pues nada entendían.

— ¿Queréis, les preguntó monseñor, destruir completamente la escuadra francesa sacrificando vuestros seis navíos viejos y vuestras treinta embarcaciones inútiles?

— ¡Bah! contestaron los de Amberes, no son tan viejos como parecen nuestros navíos ni tan inútiles nuestras barcas.

— Pues bien, tasadlas y se os pagará su importe.

— Estos son, dijo el Taciturno en voz baja al desconocido, los hombres con quienes tengo que luchar. Si sólo me combatesen los acontecimientos de la guerra, ya los hubiera vencido.

— Vamos, señores, replicó el desconocido metiendo la mano en su limosnera, tasad, pero tasad pronto: os pagaré con créditos contra vuestro mismo comercio, y me parece que los daréis por corrientes.

— Monseñor, dijo el burgomaestre después de haber deliberado con los demás ciudadanos, nosotros somos comerciantes y no grandes señores, y así deben perdonárenos algunas vacilaciones, porque nuestras almas no están realmente en nuestros cuerpos, sino en nuestros mostradores. Sin embargo, hay circunstancias en que el bien general exige de nos-

otros penosos sacrificios, y así disponed de nuestros buques como mejor os parezca.

— Á fé mía, monseñor, que habéis sido afortunado, pues en seis meses no hubiera conseguido yo lo que vos acabáis de lograr en diez minutos.

— Voy, pues, á disponer de esas embarcaciones, señores, pero en estos términos :

Los franceses con la galera almirante de vanguardia van á tratar de forzar el paso, y por mi parte voy á prolongar al doble las cadenas del dique ambulante, á fin de que la escuadra se encuentre encerrada y comprometida en medio de vuestros buques. En esta situación, los veinte valientes marineros flamencos que los tripulan, arrojan los ganchos de abordaje á la escuadra enemiga y en seguida se alejan en una barca después de haber dado fuego á las embarcaciones atestadas de materias inflamables.

— En cuyo caso, observó el Taciturno, se abrasará completamente la escuadra francesa.

— Sin que nada pueda libertarla de tan horrible desastre, prosiguió el desconocido ; de ese modo ya no puede retirarse el enemigo por mar ni por tierra, porque al mismo tiempo se soltarán las compuertas y esclusas de Malinas, de Berchem, de Lier, de Duffel y de Amberes. Rechazados por vosotros, perseguidos por torrentes de agua, cercados en un todo por una marea inesperada que sube sin cesar por ese mar sin reflujó, quedarán los franceses aniquilados, ahogados, destruídos sin el menor recurso.

Los flamencos lanzaban mil gritos de júbilo.

— Sólo se presenta un inconveniente, observó el príncipe.

— ¿Cuál, monseñor? preguntó el desconocido.

— Se necesita un día entero para expedir las órdenes convenientes, y sólo podemos disponer de una hora.

— Y una hora basta.

— ¿Y quién avisará á la flotilla?

— Está avisada.

— ¿Por quién?

— Por mí, pues si estos señores la hubiesen rehusado estaba decidido á comprarla.

— ¡Pero, Malinas, Lier, Duffel!...

— He pasado por los dos primeros puntos, y he enviado al tercero un agente seguro. Á las once quedarán batidos los franceses, á las doce arderá su escuadra, á la una estará el enemigo en completa retirada, y á las dos romperá Malinas sus diques, Lier abrirá sus esclusas y Duffel dará salida al agua de sus canales por todas las compuertas. Entonces toda la llanura se convertirá en un océano furioso que tragará casas, sembrados, bosques y aldeas, pero también servirá de sepulcro al ejército invasor, de tal modo que ni un solo francés volverá á entrar en Francia.

Un silencio de admiración y casi de espanto acogió estas palabras, pero este primer sentimiento se trocó de allí á poco en entusiastas aplausos.

El príncipe de Orange dió dos pasos hacia el desconocido y le alargó la mano.

— Así, pues, monseñor, le dijo, todo está dispuesto por nuestra parte.

— Todo, contestó el primero, y también me creo que los enemigos se preparan.

Diciendo así, señaló á la puerta que un oficial acababa de abrir.

— Monseñor, monseñor, dijo éste, acaba de saberse que los franceses se mueven con dirección á la ciudad.

— ¡ Á las armas! exclamó el burgomaestre.

— ¡ Á las armas! repitieron todos.

— Poco á poco, señores, gritó el desconocido con acento imperioso; necesito recomendaros una cosa mucho más importante que todas las demás:

— Hablad, hablad, contestaron los ciudadanos.

— Los franceses van á ser sorprendidos, y por consiguiente no habrá combate ni retirada, sino fuga: así pues, para conseguirlo es preciso no dormir. Afuera corazas, ¡ira de Dios! porque no podéis moveros con ellas, y os han hecho perder no pocas batallas: ¡Afuera corazas, señores, vuelvo á decir!

Y el desconocido mostró su pecho, únicamente defendido por una piel de búfalo.

— Allá nos veremos, señores capitanes, añadió con altivez; entretanto dirigios á la plaza de la municipalidad, en donde os espera la guarnición formada en batalla; pronto estaré con vosotros.

— Gracias, monseñor, dijo el principe al desconocido; acabáis de salvar la Bélgica y la Holanda.

— Principe, contad siempre conmigo, contestó el segundó.

— ¡Desenvainará V. A. la espada contra los franceses?

— Yo me compondré de modo que pueda combatir al frente de los hugonotes, respondió el desconocido inclinándose y sonriéndose de un modo que no envidió poco su sombrío compañero, y que sólo á Dios fué dado comprender.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO